

Sacerdote católico es quien emplea este lenguaje, pero no tiene de católico más que el nombre: es un hombre del 89 que llama á la libertad á millones de siervos católicos, siervos de la peor especie, porque se complacen en su servidumbre. ¿Y quién les ha hecho amar la prisión y sus cadenas? Los que los educan y los engañan para mejor dominarlos. La raíz del mal está en Roma, y allí es donde es preciso aplicar el hacha. Ronge ataca al papado con extremada violencia: "El padre del engaño se ha encarnado en el papa; su fin es destruir la libertad del espíritu y del alma; sus armas son el fraude y la impostura. Para retener á los hombres en las cadenas, los hunde en las tinieblas de la ignorancia; y á fin de perpetuar su imperio, cuida de que los pueblos giman bajo el despotismo civil y político. Como le ha faltado la fuerza, se ha visto obligado á consentir la soberanía temporal de los príncipes al lado de su soberanía espiritual; pero tiene buen cuidado de inculcar á los reyes que Dios no les confía la espada sino para sacarla á su mandato, como papa.", La esclavitud del género humano por un hombre, ese es el fin del papado. El ideal de los reformadores alemanes es la libertad, la emancipación universal (1).

El sentimiento que brota de cada palabra en este llamamiento á la insurrección es el odio á Roma, y lo que el reformador alemán detesta en el catolicismo romano es la tiranía intelectual; lo que quiere es la libertad del espíritu. Sus aspiraciones eran infinitas por lo mismo que eran vagas, y entrañaban consecuencias peligrosas para la Iglesia y para el cristianismo tradicional. Cuando los reformadores se pusieron á organizar la Iglesia católica alemana, necesitaron formular una profesión de fe que les distinguiera á la par del catolicismo romano y del protestantismo. Rechazaron, como era natural, la supremacía del papa; pero esto no satisfacía la necesidad de reforma que agitaba á las poblaciones alemanas: ¿qué les importa que no haya ya papa, si nada cambia la doctrina pontificia? Los reformadores consintieron desde luego ciertas reformas: la abolición del celibato, la completa libertad de matrimonio entre las diversas confesiones, el uso de la lengua alemana en la liturgia, la supresión de la confesión auricular y del

culto de los santos. Estas reformas abrogaban ó corregían lo que hay de más repugnante en el catolicismo tradicional, pero nada cambiaban en la moral ni en el dogma. Se comenzó por mantener la creencia oficial, la divinidad de Jesucristo, tal como fué formulada en Nicea, la autoridad de la Sagrada Escritura, los siete sacramentos que se suponen instituidos por el Cristo y la misa como recuerdo del sacrificio de la cruz (1).

Esta profesión de fe era, bajo ciertos respectos, más ortodoxa que la Reforma del siglo XVI. Es evidente que no era posible detenerse en ella, porque no habrían dado los reformadores ninguna satisfacción á los numerosos católicos que habían ya abandonado interiormente la fe romana; la sociedad moderna es por esencia racionalista, y necesita una religión que rechace francamente toda creencia en lo sobrenatural. La asamblea que se reunió en Breslau, en Enero de 1845, redujo los sacramentos á dos, el bautismo y la eucaristía; y aunque mantuvo la Escritura el único fundamento de la fe, añadió que la interpretación de los libros sagrados se dejaba á la libre discusión de los fieles, sin que ninguna autoridad exterior pudiese coartar esta libertad. Se conservó el simbolo de los apóstoles, pero dándole una interpretación racionalista; todo lo que recordaba el carácter milagroso del cristianismo histórico fué suprimido ó modificado, lo cual era rechazar el catolicismo en su elemento religioso, como la primera profesión de fe lo había desechado en su elemento político, yendo aún más allá que el protestantismo ortodoxo. Y tan verdad es esto, que la Iglesia alemana que se formó en Dresde creyó que debía modificar su profesión de fe: mantuvo la Escritura como base de la religión, pero añadió que la razón, inspirada por la idea cristiana, debía servir también de regla á los fieles. ¿Qué era de la Escritura, qué de la tradición, qué de todo el edificio del cristianismo histórico, si al lado de la revelación se daba plaza á la razón? ¿Qué habría dicho Lutero al ver á los católicos poner la razón, esa prostituta del diablo, al lado de la palabra de Dios?

No tardó el catolicismo alemán en tener su concilio en Leipzig. Uno de los primeros reformadores, Czernski, pidió que el concilio reconociese

(1) BAUR, *Kirchengeschichte des neunzehnten Jahrhunderts*, página 295.—KAMPE, *Geschichte der religiösen Bewegung der neuern Zeit*, t. I, p. 75 y siguientes.

(1) KAMPE, *Geschichte der religiösen Bewegungen der neuern Zeit*, t. I, p. 73.

ante todo la divinidad de Jesucristo. No se le escuchó. Verdad es que el simbolo llama al Cristo nuestro Salvador; pero está concebido de manera que pueden suscribirlo los partidarios de la religión natural; figura en él la sagrada Escritura como fundamento de la religión católica, pero es la Escritura interpretada por la razón; se habla de Dios Padre, de Jesucristo y del Espíritu Santo, mas es para decir que Dios ha creado el mundo, y lo gobierna, que Jesucristo nos ha enseñado la palabra de vida, y que el Espíritu Santo nos inspira en nuestra marcha hacia la perfección; y á fin de emancipar enteramente las conciencias, se añadió que cada cual era libre de entender esta profesión de fe según las luces de la razón, consistiendo la esencia de la religión en manifestar la fe por la caridad (1).

Tales son los dogmas de la Iglesia alemana; y más bien debiera decirse que la caracteriza la ausencia de dogma, en lo cual era una reversión al cristianismo de Jesucristo. Jesús prescribe á sus discípulos como ley el hacerse perfectos como su Padre en los cielos, y les dice que la perfección consiste en la caridad, es decir, en amar, en sacrificarse. La Iglesia reemplazó la ley del perfeccionamiento moral con dogmas, y de aquí resultó que se podía en rigor ser cristiano sin practicar la ley de amor predicada por el Cristo. La filosofía ha convertido á los hombres al camino del perfeccionamiento moral, enseñando que la salvación consiste en perfeccionarse y en trabajar por el perfeccionamiento de los demás. No quiere la Iglesia de ningún modo que se confundan la moral y la fe, porque, según ella, sólo la fe salva, la moral no salva: ese es el clamor del papa, y de los obispos, y de todos los ungidos del Señor. ¡Dios los guarde de predicar la moral! ¡Extraña religión la que hace que un bandido romano vaya al paraíso, mientras un Sócrates arde en los fuegos eternos del infierno! (2). Pero ¿qué será también de la Iglesia, el día en que los hombres se convenzan de que harán su salvación amando más bien que confesándose y comulgando? Los católicos alemanes fueron de la opinión de los filósofos, de la opinión del Cristo.

Ahora se comprenderá otro carácter del catoli-

(1) BAUR, *Kirchengeschichte des neunzehnten Jahrhunderts*, páginas 297, 298.

(2) GERVINUS, *die Mission der Deutsch-Katholiken* (Heidelberg, 1845), p. 11, 89, 40.

cismo alemán: es una revolución religiosa hecha por los laicos. Sacerdotes tomaron la iniciativa, pero el elemento sacerdotal jugó siempre un papel secundario; y aun hay que añadir que la reforma halló poco favor entre los sacerdotes, mientras fué aclamada por millares de laicos. Nada más natural: el catolicismo alemán arruinaba la autoridad del sacerdocio en sus más sólidos fundamentos. Ya lo había hecho Lutero; pero la autoridad de los príncipes no tardó en reemplazar á la de la Iglesia, mientras que la reforma del siglo XIX, apelando á la libertad, no ha gustado más á los príncipes que al clero. Todos los gobiernos le han sido más ó menos hostiles, los príncipes protestantes como los católicos, y por esto mismo ha hallado eco en el pueblo. La revolución que tiende á sustituir el dogma por la moral está hecha largo tiempo há en la conciencia general. Aun practicando los deberes prescritos por la Iglesia, se estima á los hombres, no por lo que creen, sino por lo que hacen. Los sacerdotes hallan dificultad en aceptar esta moral independiente, que para ellos implica una abdicación, mientras la sociedad laica, proclamándola, proclama al propio tiempo su soberanía. Ha sido la primera vez que se ha visto al pueblo intervenir directamente en el trabajo de la renovación religiosa (1). La revolución del 89 fué el advenimiento del pueblo y de su poder soberano, y debía lógicamente regenerar la vieja religión, como regeneraba el viejo régimen político. Si se hubiera mantenido la constitución civil del clero, se habría hecho pacíficamente la revolución religiosa por la acción del elemento laico. El catolicismo alemán es una consecuencia de ese movimiento, y en eso estriba su grande importancia.

Los católicos ortodoxos se burlaron del catolicismo alemán, y preguntaban dónde estaban los reveladores de esta nueva religión. Un partidario de ella les respondió que los autores de la reforma eran Lessing y Herder, dos héroes de la literatura alemana. Y nada más cierto, como ya tendremos ocasión de probarlo al exponer sus ideas en el curso de este *Estudio*. ¡Cosa singular! Ambos eran protestantes, y sin embargo, los católicos, como los luteranos y los reformados, se inspiran en sus escritos, sin preguntar siquiera si sus auto-

(1) GERVINUS, *die Mission der Deutsch-Katholiken* (Heidelberg, 1845), p. 7, 15-17.

res favoritos permanecen á esta ó á aquella confesión. Es una señal de los tiempos, y no conocemos otra más grave. Se borran las divisiones religiosas, porque se fundan en creencias dogmáticas, en supuestas verdades reveladas, y los dogmas se van, á pesar de la revelación ortodoxa. Hagan lo que quieran los reaccionarios, pierde diariamente terreno la revelación sobrenatural: los hombres como Lessing y Herder ejercen más influencia que las bulas de los papas y las pastorales de los obispos, y lo que los caracteriza es que en ellos el hombre ha absorbido al creyente; por consecuencia, se ha transformado la religión, la cual ha dejado de ser un dogma para convertirse en moral, y no se preocupa ya de la salvación en la vida futura, vida imaginaria, tal como la ortodoxia la entiende, mas se propone por fin el perfeccionamiento infinito del hombre. Esta religión ha penetrado en las entrañas de la nación alemana, y el cristianismo, transformado por el pensamiento humano, es quien obra incesantemente bajo la dirección de Dios (1).

El catolicismo alemán ha fracasado, y entonan por ello los partidarios de lo pasado himnos de triunfo; ¡mas, en verdad, no hay por qué! ¿Habrá que preguntar á los ultramontanos por qué han desertado de la Iglesia millares de Alemanes á la voz de un sacerdote puesto en entredicho, espíritu vulgar que no tenía nada de aquel poderoso atractivo que Lutero poseía en tan alto grado? Ya hemos respondido anticipadamente á esta pregunta; la separación estaba consumada interiormente antes de la fundación de la Iglesia alemana; y esta apostasía, como la llaman los ortodoxos, es un hecho patente que los hombres de lo pasado son los primeros en acreditar deplorándolo. El catolicismo alemán no produjo conversiones; no hizo más que poner en evidencia la revolución cumplida en las almas bajo la influencia de la civilización moderna. ¿Qué importa, después de esto, que no haya prosperado el establecimiento de una nueva Iglesia? ¿Acaso han vuelto al seno de la Iglesia romana, como hijos arrepentidos y obedientes, los millares de católicos que la tempestad del 48 arrancó de la Iglesia alemana? Todas las causas que les hicieron abandonar el catolicismo, antes de que se

(1) GERVINUS, *die Mission der Deutsch-Katholiken* (Heidelberg, 1845), p. 32, 33.

tratara de una reforma católica, subsisten íntegramente, y aun se han agravado después que la reacción llamada religiosa ha producido un recrudescimiento de superstición. ¿Creen acaso los ultramontanos que ha convertido el papa á la fe á los discípulos de Lessing y de Herder cuando, confiando demasiado en la estupidez humana, ha promulgado el dogma de la Inmaculada Concepción?

No, el voto general de una reforma que señalaba en 49 el canónigo Hirscher no ha sido abandonado, y hay que añadir que aun cuando la Iglesia consintiera en las reformas que se le piden, no atraería á la vieja fe á los que la han dejado interiormente, porque no pueden ya creer en lo sobrenatural. En 1845 publicó un escritor alemán un breve escrito con este título significativo: *Los últimos momentos del catolicismo romano en Alemania*, en el cual se lee que el catolicismo romano ha muerto (1). Quien le ha dado muerte es el libre pensamiento, incompatible con la autoridad de una Iglesia que se dice instituida por Dios para guardar y desarrollar la verdad absoluta que le ha revelado; el libre pensamiento no reconoce otra autoridad que la razón; no sabe lo que es la revelación, ni cree en la verdad absoluta más que en Dios. Ahora bien, el libre pensamiento penetra en todas las clases que llegan á la vida de la inteligencia y llegan á ella todas por la influencia omnipotente del espíritu moderno, que se difunde por todas partes y que todo lo vivifica como el aire que respiramos. Todos los que respiran el aire del libre pensamiento dejan por esto mismo de ser católicos; para ellos, el cisma se ha consumado y es irremediable; por debilidad, por hábito, por interés, hay quienes quedan en apariencia en el seno de la Iglesia; pero ¿qué importa? Una religión está muerta cuando ya no posee las almas; y aunque la Iglesia puede durar siglos todavía, sonará su última hora, como suena para todas las instituciones humanas. Dios velará para que encuentren los hombres un nuevo templo preparado á recibirlos. Ese es el trabajo á que están llamados el siglo XIX y los que le sigan; y por no haber llegado á término es por lo que fracasan todas las tentativas que se hacen para fundar un nuevo culto; pero que, en su impaciencia y en su ceguera, no se apresu-

(1) CAROVÉ, *die letzten Dinge des römischen Katholicismus in Deutschland*, p. 101 y siguientes.

ren los ortodoxos á cantar victoria: que la victoria será de la verdad, y no del error ni de la superstición.

### N.º 3.— Italia.

#### I

¿Quién hubiera creído que el voto más serio de una reforma católica había de partir de Italia, la tierra ultramontana por excelencia? Nada, sin embargo, más natural y más lógico. La revolución ha invadido la península, y en ninguna parte es más legítima, porque se confunde con la nacionalidad italiana, y el derecho de las naciones á la independencia es el más sagrado de todos, porque tiene su principio en Dios. Los patriotas italianos encontraban un enemigo mortal en la santa sede: ¿se habían de detener ante la Iglesia, cuando se trataba de la existencia de Italia y del porvenir de la libertad? También habían encontrado los hombres del 89 ese enemigo y lo habían destruido: en Italia, las mismas causas produjeron los mismos efectos. Se comenzó por secularizar la Iglesia, como se había hecho en el 89; quitar al clero sus bienes y sus privilegios es el crimen más grande á los ojos de los ortodoxos; de ahí su odio inmortal contra la Revolución y contra la libertad. Al ver á la Iglesia entre las filas de sus enemigos, los Italianos la maldijeron; y como en Italia, más que en otra parte alguna, se confunde la Iglesia con la religión, la oposición contra la Iglesia ha conducido fatalmente á la oposición contra el cristianismo tradicional.

En el mes de Mayo de 1861 escribía Garibaldi á la sociedad obrera de Palermo una carta muy original y muy significativa: "Considerando que, al establecer Jesucristo en la tierra la igualdad de los hombres, ha merecido su gratitud y su amor, seamos de la religión del Cristo; pero considerando que el papa, los cardenales y todos los mercenarios reunidos en Roma son el principal obstáculo para la unidad de Italia, no seamos de la religión del papa. Por consecuencia, decidimos: artículo único: que el papa, los cardenales y cuanto de ellos depende cambien inmediatamente su tienda, vayan lo más lejos posible de Italia y dejen organizarse fraternalmente á esta pobre nación que hace siglos

atormentan," (1). El papado se ha encargado de dar razón á Garibaldi; sus pretensiones son incompatibles con la independencia y la libertad de Italia, y por esto debía desaparecer: la nación, por el órgano de su patriota, es quien lo despide. Pero el papado es el catolicismo: expulsar al papa de la tierra italiana, ¿no es rechazar la religión católica? Sí, responde la *Civiltà Cattolica*, todos los esfuerzos del partido liberal piemontés, cuanto escriben sus periódicos y sus hombres de letras, se resumen en esta proposición: *¡Basta de papa! ¡Basta de catolicismo! ¡Basta de Dios para la sociedad!* (2). A los ojos de los ultramontanos, el papa es más que el vicario de Dios, es Dios mismo, y, por consiguiente, al excitar Garibaldi á los Italianos á que expulsaran al papa, los arrastraba al ateísmo.

La verdad es que la oposición de una nación, cuyos destinos parecían confundirse con los del papado contra ese mismo papado, es un hecho gravísimo. La oposición es universal; y ¡cosa inaudita! el clero inferior se decide por la patria italiana contra el papa. No hablamos de los clérigos que por su insurrección han sido excomulgados; se trata de sacerdotes que quedan en el seno de la Iglesia, pero que quedan en ella haciendo lo que el papa les prohíbe. En Milán prohíbe el vicario capitular del arzobispado que se cante el *Te Deum* para celebrar el aniversario del estatuto real que inauguró la era de la libertad italiana, y á la vista del mismo vicario capitular cantaron los canónigos el *Te Deum*, alabando á Dios de haber dado la libertad á Italia, mientras en Roma se dice que Satanás es el padre de la libertad italiana. Y hay más todavía: hasta en las poblaciones rurales se ha desobedecido á la Iglesia. De 498 parroquias de la provincia de Milán, 308 celebraron el aniversario de la independencia (3). Hé aquí otro hecho más significativo todavía: el padre Passaglia, ese ardiente defensor de la Inmaculada Concepción, mostró una pasión no menos viva por la independencia y la unidad de Italia, y se atrevió á redactar una petición para inclinar al papa á renunciar su poder temporal. Ahora bien: sabido es que si este poder no es precisamente de derecho divino, como lo han sostenido muchos obispos, está, sin embargo, in-

(1) *Civiltà Cattolica*, serie 4.ª, t. X, p. 750.

(2) *Civiltà Cattolica*, serie 4.ª, t. XI, p. 607.

(3) *Quarterly review*, t. CXIV, p. 48 (según documentos italianos).

timamente ligado á la grandeza y casi á la existencia del catolicismo romano. Así se dice en Francia y en Bélgica en todos los pulpitos, y así se lee en todas las pastorales (1), lo cual no impidió que nueve mil sacerdotes italianos suscribieran la famosa petición (2). ¡Bajo el punto de vista ultramontano, era firmar la apostasía!

Si el mismo clero se subleva contra Roma, ¿qué será de la sociedad laica? No ha habido más que una voz entre los obispos para afirmar la hostilidad de la Revolución contra la Iglesia y contra la religión. "El fin de los revolucionarios, decían, no es sólo despojar á la santa sede de algunas provincias; quieren destruir el cristianismo y toda religión. Por todas partes se propagan libros y folletos en que se combate la divina autoridad de la Iglesia, así como el sacerdocio y el culto; y no se hace ya en secreto como antes, sino públicamente; y los frutos responden al furor diabólico de los enemigos del Cristo. Por do quiera se oyen discursos impíos, hasta en labios de los jóvenes," (3). Pasan cosas que hacen erizarse de horror los cabellos. Muere un abogado después de haberse negado obstinadamente á recibir los auxilios de la Iglesia; su hijo, de catorce años, muere algunos meses después, y se niega igualmente á recibir los santos sacramentos (4). ¡Dónde está el Cicerón cristiano para exclamar: ¡Oh tiempos! ¡oh costumbres!

La verdad es que hay un movimiento de incredulidad en la sociedad italiana; mas los que han visitado á Italia antes del 48 saben que no data de la Revolución: la incredulidad acompaña necesariamente al catolicismo, es la protesta natural de la razón contra la superstición. Por eso, manifiesta ú oculta, existe en todos los países católicos. Antes del 48, los príncipes estaban ligados con los sacerdotes para oprimir las conciencias; la hipocresía daba á Italia la apariencia de una nación esen-

(1) *Mandement de l'évêque de Liège*, de 1860 (*Le Bien public*, du 5 mars 1860). «El soberano pontífice y con él todos los obispos del mundo definen y proclaman que la soberanía temporal del papa es necesaria para asegurar la independencia del jefe supremo de la Iglesia; que esta independencia es necesaria para garantizar la autoridad de las decisiones pontificias, y que, por consiguiente, la cuestión del dominio temporal de la Iglesia es una cuestión enteramente religiosa.»

(2) *Quarterly review*, t. CXIV, p. 497 (*Extracto de documentos italianos*).

(3) *Civiltà Cattolica*, serie 4.ª, t. IX, p. 100-101.

(4) *Civiltà Cattolica*, serie 4.ª, t. IX, p. 489 (*Correspondance d'Espagne*).

cialmente católica; y tal es la funesta influencia de esa lepra que infecta las almas aun después de haberse destruido el despotismo intelectual. Así hay una mezcla de religión aparente y de incredulidad en Italia, como en Francia y en Bélgica. Vamos á oír á un cura de Turin, testigo ocular é irrecusable: "Declaro por mi cuenta, y según mi experiencia, que el número de verdaderos católicos va disminuyendo en Turin en proporciones terribles; que el indiferentismo religioso, bajo el nombre de civilización francesa, se propaga en todas las clases elevadas, bajas y medias; que el número de las personas que, desde hace muchos años, abandonan la comunión pascual y todas las prácticas del catolicismo es incalculable. Al antiguo y ardiente espíritu de fe cristiana que hacia citar tan honorablemente la ciudad de Turin, se ve, por poca vista que se tenga, suceder en todas partes ese vago sentimiento religioso y panteísta que se asocia perfectamente, como el paganismo, á todos los errores, y no salva á nadie de la perdición eterna. Las iglesias están, es verdad, en ciertos días llenas de gentes que oyen todavía misa; pero ¿qué es eso con la profunda ignorancia en que se está del dogma católico y con el desarreglo general de las costumbres?" (1).

Lo que el cura piamontés dice de Turin se puede decir de todas las naciones católicas; la incredulidad reina en todas partes bajo la apariencia del catolicismo. Cuando hablamos de incredulidad no pensamos decir que todos los que abandonan la Iglesia caigan en la impiédad, ó en lo que los ortodoxos llaman el panteísmo. La carta misma que acabamos de transcribir atestigua que hay incrédulos que conservan el sentimiento religioso; no son, pues, incrédulos; pero no faltan incrédulos verdaderos, y en Italia menos que en otras partes: sociedades de librepensadores se han formado en Milán, en Siena y en otras ciudades. Leemos en un periódico radical que se ha celebrado en Milán un bautismo civil para atestiguar la ruptura de los asociados con la Iglesia católica. Los librepensadores de Italia se imponen la misión "de librar á su país de toda especie de forma religiosa, y de realizar el progreso moral de la nación, siguiendo únicamente las luces de la sana moral, de

(1) Esta carta fué publicada en el núm. 14 del periódico *l'Apologista* (*Bien public*, du 4 décembre 1860).

la razón y de la conciencia," (1). Esta antipatía, ó por mejor decir, este odio á toda religión positiva, no es particular á Italia, existe en todos los países católicos; y en nuestro sentir, es la mayor maldición que lleva consigo el catolicismo, porque identifica de tal manera la religión con una determinada forma religiosa, y de tal modo repugna esta forma á la razón, que no sólo sienten los librepensadores repugnancia hacia las supersticiones romanas, sino hacia toda religión; imaginan, como se hacia en el siglo XVIII, y como se hace hoy todavía en Italia, en Bélgica, en Francia, que la superstición y el fraude sacerdotal son inseparables de todo culto; rechazan con desprecio toda tentativa de reformar el cristianismo, y no quieren ni aun oír hablar de la religión del Cristo, convencidos de que sería una nueva servidumbre para el espíritu humano. El fin del presente *Estudio* es responder á estas preocupaciones, en que tiene tanta parte la ignorancia como la pasión de la libertad. Tal es, en efecto, la ignorancia de cuantos han sido educados en el seno de la Iglesia, que ni siquiera conocen el catolicismo; y por lo que hace al protestantismo, le rechazan como una mala parodia de la religión romana, y se encogen de hombros si se les habla de un protestantismo avanzado. Invitémosles á leer y estudiar, que la cosa vale la pena. Si, como es nuestra convicción, no hay sociedad ni civilización posibles sin religión, ¿qué sería del mundo si se llegara á destruir toda idea religiosa? Caería en una barbarie civilizada, peor que la barbarie inculta, porque no tendría remedio.

Italia no va hasta ahí, ni ningún pueblo católico: abandona el catolicismo; esa es la esencia del movimiento, y hay que confesar que el papa impele á él con todas sus fuerzas. Como todos los poderes que Dios ciega para perderlos más fácilmente, el papado trabaja por su propia ruina con un ardor maravilloso. Pio IX casa y anula las leyes dictadas en el Piamonte después de los primeros albos de la libertad; contaba el papa con la necesidad humana cuando así comprometía su poder, y no sospechaba que el espíritu de independencia es más poderoso que sus rayos. En vano amenazó á los Piamonteses con los rigores de la Iglesia; en vano lanzó la excomunión contra todos los que directa ó indirectamente violaban las inmunidades

(1) *Le Disciple de Jésus-Christ*, 1865, t. II, p. 168.

del clero; los rayos del Vaticano fueron tan impotentes como los de Júpiter. Hé ahí, pues, toda la nación piamontesa, ó poco menos, arrojada de la Iglesia por las manos del papa, y eso por haber abolido los diezmos el parlamento y por haber sometido á los clérigos á la jurisdicción común (1). ¿Qué respeto podían conservar los Piamontes á una Iglesia que hasta ese punto delira?

Toca su vez á Italia. Los Italianos quieren reconstituir la unidad de su patria, porque la unidad es para ellos una condición de libertad y de independencia; piden que el papa, como sucesor de San Pedro, se limite á ser el jefe espiritual de la Iglesia, y en nombre de la soberanía del pueblo, anexionan las legaciones al nuevo reino, esperando que la Ciudad Eterna sacuda su servidumbre secular. Pio IX excomulga, anatematiza á los que le despojan de sus dominios temporales; el infalible ignora que el verdadero propietario es la nación, y sus defensores, más ciegos todavía que el anciano que impera en el Vaticano, han pretendido desconcertar á los Italianos diciéndoles que "tomar las armas contra el poder temporal del papa es rebelarse contra el Cristo, contra Dios," (2). ¡Y esas gentes acusan de locura á los patriotas italianos! ¿Hay locura comparable á la suya? Toda Italia está en armas contra el papa; los mismos sacerdotes le suplican que abdique su poder temporal (3); ¡es, pues, todo un pueblo á quien se excomulga, todo un pueblo á quien se arroja del seno de la Iglesia por el que se llama vicario infalible de Dios! Si de propósito deliberado hubiera querido el papa arruinar su poder, ¿habría obrado de otro modo?

¿Qué hacen los Italianos? Dejan que el papa lance sus rayos, y nadie se inquieta por eso, á pesar de que los reverendos padres que redactan la *Civiltà Cattolica* explican á los fieles que la excomunión es la más terrible de las penas, pues que implica la muerte del alma. No parece que los Italianos sospechan la gravedad del mal: dicen que son después de la comunión lo que eran antes. "¡Cómo! exclama la *Civiltà*, ¿no os consideráis excomulgados? Vuestra obstinación agrava vuestro

(1) Véase el *Estudio sobre la Iglesia y el Estado después de la Revolución*.

(2) *Civiltà Cattolica*, serie 5.ª, t. VIII, p. 42.

(3) Escrito en 1867.